

LA CARRERA HACIA LA CASA BLANCA

INTERNACIONAL



Decenas de partidarios de Trump mostraban el sábado su apoyo al presidente en el lago Winnepesaukee (New Hampshire). / J. PREZIOSO (AFP)

Trump pasa al contrataque contra Biden en la convención republicana

PABLO GUIMÓN, Washington

Si el lema de campaña del demócrata Joe Biden era “una batalla por el alma de una nación”, lo que se abre hoy con la Convención Republicana es una batalla por el alma del

partido. Un partido que se entregó a los brazos de un presidente rebelde y que ahora necesita preparar la vida después de él. Aunque ganase en noviembre, el próximo sería su último mandato. Y este cónclave marca el

inicio de la batalla por el futuro. El rodillo de Trump se dispone a aplastar cualquier arista en el discurso unipersonal dominante. Confirmando que, como han revelado las primarias, su huella en el partido será difícil de borrar.

La tradición marca que el candidato hace solo alguna aparición anecdótica en los primeros días, antes de su gran discurso en el cierre de la convención. Demasiado tiempo fuera de los focos para el gusto de Trump, que ha decidido que se dirigirá a la nación en *prime time* cada uno de los cuatro días de convención. El resto del elenco procede del entorno familiar del presidente o de su equipo de incondicionales. Ni siquiera se esperan notas disonantes entre los escasos ponentes ajenos a ese círculo que se tienen por potenciales sucesores, como la exembajadora ante la ONU Nikki Haley o el senador Tom Cotton.

Una señal más de que, aunque pierda en noviembre, no será fácil que la huella que ha dejado Trump en un partido modelado a su imagen y semejanza se vaya con él. Su figura, temen los críticos, marcará la formación durante años. Prueba de ello ha sido el ciclo de primarias republicanas, en el que se ha impuesto una regla de oro: el candidato más trumpista gana.

Casi la mitad de los 241 republicanos que había en la Cámara de Representantes cuando Trump llegó a la Casa Blanca han abandonado ya la Cámara o lo harán para 2021. Con ellos se van las voces con alguna posibilidad de crítica, que son sustituidas

por acólitos como Marjorie Taylor Greene, que se acaba de asegurar un sitio en el Congreso, tras ganar las primarias de un distrito seguro republicano en Georgia. Además de su tendencia a los comentarios racistas, es defensora de la teoría conspiratoria QAnon, que básicamente sostiene que una élite progresista participa en una red internacional de pedofilia que estaría preparando un golpe de Estado, orquestado por Barack Obama, Hillary Clinton y George Soros, y que Trump

intenta impedir. “Una futura estrella republicana”, ha dicho de ella el presidente.

Distrito a distrito, se está tejiendo un Partido Republicano muy diferente al que nominó a Mitt Romney como candidato en 2012. El nombre del senador por Utah, el único que votó por el *impeachment* de Trump, se convirtió de hecho en un arma arrojada para atacar a rivales en las primarias.

En estos meses, el partido ha comprobado que, más que la pro-

mesa de bajar impuestos o de cortar el gasto público, lo que marca la diferencia entre los votantes de las primarias republicanas es la adhesión a Trump. Un tuit del presidente apoyando a un candidato puede hacerle subir de 15 a 20 puntos en los sondeos. El 60% de los 600 anuncios televisivos de candidatos en este ciclo de primarias republicanas contenía referencias a Trump, según un análisis de Politico.

Eso puede hacer más difícil ganar las elecciones en distritos y

Un presidente sin principios, asegura su hermana mayor

Maryanne Trump, la hermana mayor del presidente de Estados Unidos, ha descrito a Donald Trump como un hombre que “no tiene principios”, según una conversación grabada por su sobrina, Mary L. Trump, que fue publicada el sábado por *The Washington Post*. El audio, grabado entre 2018 y 2019, revela la animadversión que Maryanne tiene por las políticas migratorias del presidente. “Lo único que quiere es atraer a su base”, comentó sobre la separación de las familias de inmigrantes

y el hecho de que los niños fuesen llevados a centros de detención. “Y su base, por Dios, si fueran religiosos querrían ayudar a la gente. No esto que está haciendo”, añade.

La conversación fue grabada secretamente por Mary L. Trump como parte de la documentación para su libro *Siempre demasiado y nunca suficiente* (Urano), publicado este verano, en el que cuenta el oscuro perfil del presidente de Estados Unidos y su familia. Maryanne Trump, de 83 años, se sincera allí sobre las accio-

nes de su hermano como presidente. “Sus malditos tuits y sus mentiras, por Dios”, sostiene sobre las frases del presidente y su personalidad. “Hablo con demasiada libertad, pero ya sabes. El cambio de historias. La falta de preparación. La mentira. Toda esa mierda”.

The Washington Post obtuvo la grabación de Mary L. Trump después de preguntarle detalles sobre su afirmación en el libro de que Trump pagó a otro estudiante para pasar el examen de admisión a la Universidad de Pensilvania. Y para comprobarlo, la también doctora en Psicología Clínica le envió algunas grabaciones. El diario asegura que buena parte de la información de los audios no está en el libro.

Estados donde los votantes moderados son los que inclinan la balanza hacia un partido u otro. Pero consolidando la huella trumpista en los escaños republicanos seguros, se garantiza la supervivencia del estilo y las ideas del líder más allá del fin de su propia vida política. Los críticos temen, pues, que el futuro sea un partido radicalizado en fondo y forma, pero incapaz de ganar elecciones.

Cierre de filas

El cierre de filas es más llamativo cuando la crisis del coronavirus ha puesto el proyecto patas arriba. Hasta hace poco, el guion era lo suficientemente atractivo como para que los menos forofos del presidente estuvieran dispuestos a taparse la nariz durante cuatro años más. Continuar con nombramientos de magistrados conservadores para consolidar el sesgo conservador en la judicatura durante al menos una generación o seguir cabalgando la ola del crecimiento económico con la garantía de que no habrá más impuestos, eran metas por las que salía a cuenta tolerar los exabruptos tuitos y el ridículo internacional. Pero el coronavirus introdujo un giro radical en el guion.

La victoria se escapa, la economía ya no está nada bien y el país ha enterrado en medio año al doble de muertos que todos sus caídos en combate desde la II Guerra Mundial, por culpa de una crisis sanitaria que desborda por todos lados a la Administración y expone dramáticamente los límites de una gestión basada en la egolatría.

Tampoco es excesivamente alentador para los republicanos biempensantes el hecho de que tantos de los personajes que llevaron a Trump a la Casa Blanca se han declarado culpables o han sido condenados en estos cuatro años por diversos delitos. La lista incluye a su exjefe de campaña Paul Manafort y su segundo, Rick Gates; su exabogado Michael Cohen; su exconsejero de Seguridad Nacional Michael Flynn; su exasesor Roger Stone. Y, esta semana pasada, su ex estratega jefe y arquitecto de su campaña, Steve Bannon.

Después de que Romney perdiera en 2012, el partido encargó un estudio interno para determinar por qué no había ganado más que una vez el voto popular en unas presidenciales desde 1988. Las conclusiones fueron que el partido necesitaba llegar más a la gente de color, a los jóvenes, a las mujeres. “Entonces emergió Donald Trump y el partido arrojó todas esas conclusiones por la ventana con un casi audible suspiro de alivio”, escribía en *The New York Times* el consultor político Stuart Stevens, que ha trabajado para cinco candidatos presidenciales republicanos. “Trump no secuestró al Partido Republicano. Es la conclusión lógica de en lo que se ha convertido el partido durante los últimos 50 años, un producto natural de las semillas del acoso racial, el autoengaño y la furia que ahora lo dominan. Ponga a Donald Trump ante un espejo, y ese rostro naranja, hinchado y con el ceño fruncido es el Partido Republicano hoy”, concluía.